

EL IMPACTO DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL EN LA DEMOCRACIA

THE IMPACT OF ARTIFICIAL INTELLIGENCE ON DEMOCRACY

Daniel Innerarity
Catedrático de Filosofía Política
Investigador Ikerbasque
Universidad del País Vasco/
Euskal Herriko Unibertsitatea
<https://orcid.org/0000-0003-4307-8468>

Fecha de recepción del artículo: mayo 2020

Fecha de aceptación y versión final: julio 2020

RESUMEN

La política está experimentando un proceso de automatización, y es deseable que esa automatización se incremente en el futuro. Se trata de un proceso que plantea muchos interrogantes en relación con los valores que definen nuestro ideal de vida democrático. En este artículo me planteo cuáles deberían ser los límites normativos de tal proceso y, especialmente, qué sujeto es el que decide cuando parece ser que nadie decide.

Palabras clave: automatización, democracia, inteligencia artificial, algoritmos, digitalización.

ABSTRACT

Policy is undergoing a process of automation and it is both expected and desirable that such automation will increase in the future. This is a process that raises many questions regarding the values that define our ideal of democratic life. In this article I ask myself what the normative limits of such a process should be and especially which subject is deciding when no one seems to be deciding.

Keywords: automation, democracy, artificial intelligence, algorithms, digitalization.

SUMARIO: I. LA AUTOMATIZACIÓN DE LA POLÍTICA. II. EXPECTATIVAS Y LÍMITES DEMOCRÁTICOS DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL. III. ¿QUÉ PUEBLO DECIDE EN UNA DEMOCRACIA DIGITAL? IV. BIBLIOGRAFÍA

I. LA AUTOMATIZACIÓN DE LA POLÍTICA

La organización política de las sociedades ha tenido siempre una pretensión de automaticidad. Las prácticas políticas son operaciones que miden, planifican y establecen procesos para la toma de decisiones conforme a un cierto orden. Por eso se ha podido afirmar que, en el fondo, las operaciones algorítmicas son *prácticas arcanas* (Mau: 2017, 206). El Estado fue definido por Thomas Hobbes como un *automaton*, como un *hombre artificial* (1969: 9). Gracias a excelentes estudios, conocemos muy bien la relación entre la formación del Estado, con la estadística, la probabilidad y los datos (Porter, 1986; Hacking, 1990; Desrosières, 1998).

El fenómeno de la gobernanza algorítmica es una parte de una tendencia más amplia hacia su mecanización. Diversos sociólogos han subrayado desde los tiempos de Max Weber que la organización burocrática de Estado está impulsada por la misma tendencia modernizadora que las empresas industriales. La actual algoritmización de la sociedad podría entenderse como continuidad con el cálculo moderno, con sus estadísticas y sistemas de lógica formal. Las organizaciones de la moderna administración se enfrentaron a la contingencia del mundo numerizando y formalizando el caos de la realidad. A quien se encuentra frente a un mundo lleno de contingencias el enfoque probabilístico le ofrece la posibilidad de transformar lo imprevisto en calculabilidad formalizada. Entonces y ahora, los procedimientos de cálculo y algoritmización prometen neutralizar los prejuicios subjetivos mediante procedimientos exactos de decisión. Hay que retrotraerse, no obstante, hasta los años cuarenta del siglo pasado para encontrar, en la joven disciplina de la cibernética, los primeros intentos de pensar un Gobierno y una Administración automatizada. En cualquier caso, desde las primeras formas elementales de gobierno, organizar políticamente la sociedad equivale a poner en marcha un conjunto de procesos, dispositivos y procedimientos que constituyen la tecnología administrativa de la burocracia.

De unos años a esta parte, la automatización está rediseñando institucionalmente muchas actividades, incluida la política. Ciertas decisiones ya no son adoptadas únicamente por los seres humanos, sino confiadas en todo o en parte a sistemas que procesan datos y dan

lugar a un resultado que no era plenamente pronosticable. Como la burocracia para el Estado moderno, la inteligencia artificial parece llamada a ser la lógica de legitimación de las organizaciones y los Gobiernos. Los tres elementos que modificarán la política de este siglo son: los sistemas cada vez más inteligentes, una tecnología más integrada y una sociedad más cuantificada. Si la política a lo largo del siglo xx giró en torno al debate acerca de cómo equilibrar Estado y mercado (cuánto poder debía conferírsele al Estado y cuánta libertad debería dejarse en manos del mercado), la gran cuestión hoy es decidir si nuestras vidas deben estar controladas por poderosas máquinas digitales y en qué medida, cómo articular los beneficios de la robotización, automatización y digitalización con aquellos principios de autogobierno que constituyen el núcleo normativo de la organización democrática de las sociedades. El modo como configuremos la gobernanza de estas tecnologías va a ser decisivo para el futuro de la democracia; puede implicar su destrucción o su fortalecimiento.

Este horizonte no es solo tecnológico o infraestructural, sino ontológico. La automatización requiere pensar muchas categorías socioculturales, como sujeto, acción, responsabilidad, conocimiento o trabajo. Lo que aquí me planteo es qué quiere decir «autogobierno democrático» y qué sentido tiene la libre decisión política en esta nueva constelación. Mi objetivo es desarrollar una teoría de la decisión democrática en un entorno mediado por la inteligencia artificial, elaborar una teoría crítica de la razón automática. Necesitamos una filosofía política de la inteligencia artificial, una aproximación que no puede ser cubierta ni por la reflexión tecnológica ni por los códigos éticos. El interrogante fundamental es qué lugar ocupa la decisión política en una democracia algorítmica. La democracia es libre decisión, voluntad popular, autogobierno. ¿Hasta qué punto es esto posible y tiene sentido en los entornos hiperautomatizados, algorítmicos, que anuncia la inteligencia artificial? La democracia representativa es un modo de articular el poder político que lo atribuye a un órgano determinado y de acuerdo con una cadena de responsabilidad y legitimidad en la que se verifica el principio de que todo el poder procede del pueblo. Desde esta perspectiva, la introducción de sistemas inteligentes autonomizados aparece como algo problemático. Este problema se agudiza en los sistemas que aprenden, ya que la función que procesa

los datos cambia en la fase de aprendizaje. El sistema trabaja adaptativamente y no conforme a reglas preprogramadas (Unger, 2019), con lo que la cadena de legitimidad y responsabilidad –sin la que no hay democracia– resulta más difícil de identificar. *If machines could participate in the political discourse without being identified as such or even impersonating humans without sanction, this would amount to an important distortion of discourse, untenable in democracy. (...) those who maintain major infrastructures of political discourse should be held responsible* (Nemitz, 2018). Tenemos, de entrada, un problema de ininteligibilidad debido a que no está claro quién decide y es responsable en un entorno cada vez más automatizado.

La inteligencia artificial como instrumento para las decisiones sociales es una manifestación concreta de lo que Pierre Bourdieu llamaba *habitus*, a saber, estructuras estructuradas que funcionan como estructuras estructurantes (Bourdieu, 1990). No es que las decisiones clave sean delegadas en máquinas en las que no hay ningún humano; se trata más bien de que somos presionados a tomar decisiones, de tal manera que no nos preguntamos quién es su verdadero autor. Los sistemas automatizados nos empujan a la irreflexividad en el sentido descrito por Hannah Arendt: la incapacidad de criticar las instrucciones, la falta de reflexión sobre las consecuencias, la disposición a creer que las órdenes son correctas (Arendt, 2006).

A lo largo de la historia, todas las tecnologías han potenciado y limitado al mismo tiempo la capacidad humana de decidir. Teniendo esto en cuenta, la cuestión que debemos dilucidar es si estamos frente a un tipo de dispositivos realmente disruptivos o que solo se inscriben en la lógica evolutiva e incremental del progreso tecnológico. ¿Son más certeros a este respecto los planteamientos que podríamos llamar «rupturistas» (ya sea porque fomentan grandes expectativas o anuncian graves amenazas) que el juicio de quienes hablan más bien en términos de continuidad y sitúan la clave en el uso que se haga de la inteligencia artificial? La retórica sobre la inteligencia artificial es muy mesiánica y muy paranoica. Las tesis de la Inteligencia Artificial General y la Singularity no dejan de alimentar expectativas que parecen desmesuradas. Para otros, como Hawking, nos encontramos ante *the worst event in the history of our civilization* (Molina, 2017) y *the liberal democracy might become obsolete over the coming century*

(Harari, 2018). Unos conciben la inteligencia artificial como una amenaza e incluso como el final de la democracia (Hofstetter, 2016; O'Neill, 2017), mientras que otras voces subrayan sus potenciales democráticos (Helbing, 2019; Ennals, 1987).

En términos generales, se puede advertir que en poco tiempo hemos pasado del ciberentusiasmo a la tecnopreocupación; en vez de entender las nuevas tecnologías como fuentes de capacitación, cada vez las consideramos más como artefactos para el desempoderamiento. El número de septiembre de 2018 de la *MIT Technology Review* fue dedicado a la cuestión de si la tecnología estaba amenazando nuestra democracia, y *The Economist* del 18 de diciembre de 2019 hablaba de un «*authoritarianism*», que podría destruir las instituciones democráticas. Hay una cierta revuelta popular contra la tecnología: pensemos en las protestas anti-Uber, en la preocupación por los accidentes de los coches automatizados, en la desconfianza frente a los transgénicos o en las sospechas sindicales frente a la robotización del trabajo. La Red, que fue saludada como impulsora de la democratización, es vista ahora como un espacio de intromisión, ya sea en el ámbito de la privacidad o en los procesos electorales. Cuanto más grandes son los *big data*, más pequeños parecen los ámbitos en los que mantenemos nuestra capacidad autónoma de decisión. Internet fue recibida en un comienzo como tecnología genuinamente democrática, mientras que ahora es percibida como una amenaza. Con la inteligencia artificial bien podría estar ocurriendo lo contrario: que sea vista fundamentalmente como una amenaza, como una tecnología que impide la libre votación, consolida las desigualdades y, en última instancia, está en contradicción con nuestra capacidad democrática de decidir. No ayuda mucho a clarificar este debate limitarse a señalar que tiene efectos positivos y negativos (Ceron *et al.*, 2017). Tampoco aporta mucho al avance del conocimiento sobre este asunto banalizar los riesgos con la cómoda distinción entre la tecnología y el uso que pueda hacerse de ella; debemos preguntarnos por la naturaleza y las potencialidades de la inteligencia artificial *itself* en relación con la organización democrática de la sociedad.

La primera cuestión que hay que tener clara cuando hablamos de (in)compatibilidad entre inteligencia artificial y democracia es qué concepto de democracia tenemos en mente. Como cualquiera

puede fácilmente constatar, hay diferentes concepciones acerca del significado de la democracia, deliberativas, plebiscitarias, republicanas, liberales... Aunque todas la conciben como el autogobierno del pueblo, existen diferentes versiones acerca de cómo se debe ejercer ese autogobierno. En mi caso concreto, después de haber dedicado años de estudio a la filosofía de la democracia y haber sintetizado mi concepción en el libro *Una teoría de la democracia. Gobernar en el siglo XXI* (Innerarity, 2020), mi propósito ahora es doble: 1. Examinar si la constelación que suscita la inteligencia artificial se aviene a los criterios normativos de la concepción de la democracia compleja y 2. Reflexionar acerca de las modificaciones que la idea de democracia compleja puede requerir para no impedir la inclusión de la lógica y los procedimientos de la automatización impulsada por la inteligencia artificial. Cuando hablamos de la relación entre inteligencia artificial y democracia, estamos formulando requerimientos en un doble sentido. Se trataría, por tanto, de un examen de compatibilidad en las dos direcciones, qué desafíos plantea la nueva constelación tecnológica a los dos elementos por cuya congruencia nos interrogamos, es decir, cómo configurarse la automatización para no sacrificar valores claves de la convivencia democrática y qué tipo de innovaciones democráticas debemos acometer para no privarnos de los beneficios de la automatización.

¿Qué le pasa a la política y a sus instituciones específicas cuando cambia radicalmente el entorno tecnológico? ¿Qué transformaciones políticas asociamos a la robotización, la digitalización y la automatización? Todavía es difícil saberlo y tal vez esa ignorancia explique el hecho de que se hayan formulado dos tipos de diagnósticos que implican, aunque por motivos contrapuestos, una cierta despedida de la política: los profetas del entusiasmo anuncian el poder absoluto de la tecnología sobre la política, lo que consideran fundamentalmente algo positivo. El llamado «Internet de las cosas» va a transformar también las prácticas políticas y hay quien profetiza que podría incluso cumplir la función de reparar o sustituir las estructuras políticas debilitadas o ausentes (Howard, 2015: 161). La nueva tecnología vendría a resolver los problemas ante los que ha fracasado la vieja política. Ya Norbert Wiener hablaba de unas máquinas que reemplazarían a los viejos artefactos de la política en una *nueva era automática* (Wiener,

1954). El otro diagnóstico sobre el final de la política es pesimista en la medida en que se hace responsable al nuevo entorno tecnológico de la pérdida de capacidad de gobierno sobre los procesos sociales y la desdemocratización de las decisiones políticas. La tecnofilia y la tecnofobia comparten la suposición de que la lógica de la tecnología puede sustituir a la de la política; solo se diferencian en considerarlo una buena o una mala noticia.

Tal vez la única certeza política que tenemos hoy en día es que la política en el futuro será muy diferente de la política en el pasado. No sabemos todavía con exactitud qué repercusión van a tener las nuevas tecnologías en nuestra forma de vida política, si mejorarán la democracia, si la modificarán o la harán imposible. Cuando superemos el vaivén de la euforia y la decepción, quizás estemos en condiciones de emitir un juicio ponderado acerca de una transformación que todavía está en marcha. En cualquier caso, es indudable que la actual revolución tecnológica hace que nuestras democracias dependan de formas de comunicación e información que ni controlamos ni comprendemos plenamente. Desde un punto de vista estructural, esas tecnologías están dañando elementos centrales de nuestro sistema político: el control parlamentario ha dejado de ser lo que era cuando no existía Twitter; la financiarización de la economía se sustrae de la forma de regulación política que ejercían los Estados; no sabemos qué puede significar una ciudadanía crítica en un entorno poblado por basura informativa; la democracia es lenta y geográfica, mientras que las nuevas tecnologías se caracterizan por la aceleración y la deslocalización. Cada vez tenemos a nuestra disposición más tecnologías que apenas entendemos y mucho menos controlamos. Estas tecnologías todavía son demasiado jóvenes como para saber con claridad qué impacto van a tener sobre la organización política, pero algunas consecuencias ya pueden ser identificadas y se está debatiendo en torno a ellas o son objeto de informes sobre las tendencias futuras y el modo más adecuado de gobernarlas. Mi contribución a este debate pretende, mediante la reflexión acerca de los presupuestos teóricos del concepto de decisión democrática, elaborar una filosofía política de la inteligencia artificial.

II. EXPECTATIVAS Y LÍMITES DEMOCRÁTICOS DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

La transformación digital está suscitando preguntas no menores y de signo opuesto. Por un lado, la inquietud de que sean los algoritmos los enterradores de la democracia. ¿Estamos entrando en un nuevo totalitarismo de la mano de la ideología de la optimización? ¿Siguen teniendo sentido la información razonada, la decisión propia, el autogobierno democrático en esos nuevos entornos tecnológicos? Hay quien denuncia un *big nudging*, un gigantesco sistema de información superinteligente, central y tecnocrática, que representaría una forma de dictadura en la medida en que vaciaría de contenido decisonal a nuestras organizaciones políticas (Helbing *et al.*, 2017).

Otros aseguran que la «democracia de los datos» será más representativa que cualquier otro modelo de democracia en la historia humana, que las urnas serán pronto unas reliquias del pasado cuando nuestra opinión puede estar siendo requerida de modo automático miles de veces cada día y que los expertos decidirán mejor que los partidos políticos ideologizados. Los pesimistas preguntarán, con razón, por qué llamar democracia a ese dispositivo. Este es el gran debate de los años venideros, que formalmente tiene un gran parecido con las grandes controversias del pasado: cómo asegurar la vigencia de los valores democráticos en unos nuevos entornos tecnológicos que parecen de entrada ponerlos en riesgo y a cuyas ventajas no parece muy inteligente renunciar.

De entrada no deberíamos minusvalorar el riesgo de que el tecnoautoritarismo resulte cada vez más atractivo en un mundo en el que la política cosecha un largo listado de fracasos. Hay quien sostiene que los algoritmos y la inteligencia artificial pueden distribuir los recursos más eficientemente que el pueblo irracional o mal informado. Una nueva especie de populismo tecnológico podría extenderse bajo la promesa de una mayor eficiencia. Sería algo así como una versión digital de la clásica tecnocracia coaligada ahora con las grandes empresas tecnológicas con irresistibles ofertas de servicios, información y conectividad.

Un problema inicial de estos grandes discursos (la democratización definitiva versus la no menos definitiva desaparición completa de la política) es que ambas perspectivas dejan de percibir e interesarse

por las posibilidades, límites y gobernanza que resultan posibles. Considerar el desarrollo de la inteligencia artificial como inevitable invita a no hacer nada, por innecesario o por imposible. Ahora bien, los sistemas inteligentes automatizados ofrecen *choices* que tienen consecuencias, no muchas, probablemente no todas las que desearíamos, pero seguro que más de las que lamentan los que se instalan en el *helplessness*. El *democratic oversight* consiste en identificar esas *choices* en medio de una evolución dinámica en la que lo posible no será siempre lo mismo en cada fase de desarrollo.

Hay al menos dos tipos de grandes promesas que realiza la digitalización y que tienen unos efectos muy beneficiosos sobre la política democrática: 1. Valoración de las políticas públicas y 2. El conocimiento de las preferencias sociales. Si, como afirmaba Lindblom, la esencia de la cultura democrática es el incrementalismo y la comparación, el ensayo y error (1965), los Gobiernos cuentan ahora con instrumentos sofisticados para seguir la efectividad de sus políticas públicas, medir la implementación y valorar sus resultados. En vez de la planificación centralizada, dominada por expertos y burócratas, la tecnología nos permite ahora examinar fuentes más dispersas y competitivas, en principio menos ideologizadas. Se abre paso así la idea de que los sistemas que deciden sin influencias humanas pueden ser más neutros y objetivos (Martini y Nink, 2017). De este modo, se avanzaría hacia una *democracia consecuencialista* (McGinnis, 2013) y seríamos capaces de dejar atrás los pronunciamientos ideológicos sin transformaciones efectivas de la realidad social.

El segundo vector de democratización vendría del conocimiento de la voluntad real de la gente a la que un gobierno democrático debe servir, y reforzaría la cadena de legitimación en la medida en que permitiría tomar como punto de partida las decisiones reales de las personas, únicamente a partir de las cuales se puede configurar la voluntad popular. Con un mundo lleno de sensores, algoritmos, datos y objetos inteligentes, se configura una suerte de *sensorium* social que permite personalizar la salud, los transportes o la energía. Gracias a la ingeniería de los datos nos estamos moviendo hacia una comprensión cada vez más granular de las interacciones individuales y unos sistemas más capaces de responder a las necesidades individuales. En virtud de la microsegmentación y granularidad, podemos disponer de

una sociedad *algorithmically attuned*, de manera que los deseos que la ciudadanía expresa de hecho en su comportamiento y expresión cotidiana pueden ser conocidos con un altísimo grado de exactitud.

La nueva inteligencia artificial está construyendo una arquitectura en la cual la información comienza a fluir desde el futuro hacia el presente y no desde el pasado hacia el presente, como ha sido hasta ahora. Usando sensores, datos y algoritmos, las máquinas son capaces de interceptar la información relativa a lo que va a suceder y usar esta información para diseñar servicios y productos de tipo anticipatorio; tendrán capacidad de adelantarse a nuestros comportamientos y deseos a través de un *anticipatory design* de las *prediction machines* (Agrawal *et al.*, 2018). ¿Cómo será una sociedad oracular y ya no archivística? (Accoto, 2019: 131). Hasta ahora nos hemos preocupado mucho de contrarrestar la sobrecarga informativa del presente (*info overload*), pero en los próximos años se deberá trabajar más en reducir la incertidumbre informativa del futuro, como la manutención anticipada de las cadenas de montaje, la medicina preventiva o la seguridad frente a los ataques informáticos.

¿Cuál es el valor democrático de datos, recomendaciones y predicciones? Hay quien dirá que todo eso son nuestras decisiones libres del pasado, invitaciones a decidir en el presente o apuestas acerca de cómo decidiremos en el futuro, es decir, se trata de nuestras decisiones en cualquier caso. Desde este punto de vista, no habría ninguna tensión entre *big data* y democracia, sino todo lo contrario. Pero la democracia no es la traducción inmediata y agregada de lo que decidimos individualmente; el carácter dinámico y transformador de la vida democrática incluye un elemento de cambio, descubrimiento y emergencia para lo que no sirve un sistema pensado para hacernos descubrir únicamente lo que ya sabemos. Hoy por hoy, la inteligencia artificial no parece apropiada para realizar esta voluntad de transformación, que parece un elemento esencial de nuestra decisión democrática.

El problema estriba en que *algorithms make predictions that mirror past patterns*. La mayor parte de las previsiones algorítmicas se basan en la idea de que el futuro será lo más parecido al pasado, de que nuestras preferencias futuras representarán una continuidad de nuestro comportamiento anterior tal y como queda registrado en

los datos de nuestra movilidad o consumo. Ahora bien, la política no aspira solo a reflejar lo que hay, sino a cambiar ciertas cosas de algún modo intencional. La inteligencia artificial podría ser muy útil para una concepción meramente agregativa de la democracia, pero parece limitada si tenemos una idea más deliberativa de la vida política, es decir, un proceso de mediación en el que nuestra voluntad política puede distanciarse de nuestras preferencias iniciales y donde los intereses sean entendidos más como algo que se descubre en los procesos de interacción comunicativa que como puntos de partida para el *bargaining* político.

Tal vez lo más insatisfactorio de esta revolución de los cálculos es que no es nada revolucionaria. El análisis de datos actúa como un dispositivo de registro, hasta el punto de tener grandes dificultades para identificar lo que en esa realidad hay de aspiración, deseo o contradicción. Como ha advertido Dominique Cardon, la ideología de esta sedicente superación de toda ideología es un *comportamentismo radical*: por un lado nos pensamos como sujetos emancipados de toda determinación, pero continuamos siendo en una medida mayor de lo que desearíamos seres previsibles al alcance de los calculadores. No es verdad que dejarlo todo en manos de nuestra decisión –como consumidores o votantes– entronice nuestra libre decisión, aunque solo sea por el hecho de que incluso cuando tenemos la sensación de tomar decisiones singulares, nuestros comportamientos obedecen a los hábitos inscritos en nuestra socialización. Pero es que, además, si hemos de tomarnos nuestra libertad en serio, también forma parte de ella nuestra aspiración de modificar lo que hemos sido dando así lugar a situaciones hasta cierto punto impredecibles. Y a este respecto los algoritmos que se dicen predictivos son muy conservadores. Son predictivos porque formulan continuamente la hipótesis de que nuestro futuro será una reproducción de nuestro pasado, pero no entran en la compleja subjetividad de las personas y de las sociedades, donde también se plantean deseos y aspiraciones. ¿Cómo queremos entender la realidad de nuestras sociedades si no introducimos en nuestros análisis, además de los comportamientos de los consumidores, las enormes asimetrías en términos de poder, las injusticias de este mundo y nuestras aspiraciones de cambiarlo?

Hablar de preferencias y decisiones como si fueran evidencias y además de fácil implementación es una simpleza incompatible con la complejidad de los humanos y de nuestras sociedades (Innerarity, 2019 y 2020). ¿Cómo conseguimos que un robot aprenda a entender las preferencias subyacentes en el comportamiento humano, que es *irrational, inconsistent, weak willed, and computationally limited, so their actions don't always reflect their true preferences (...)* Furthermore, practical and social constraints will prevent all preferences from being maximally satisfied simultaneously, which means that robots must mediate among conflicting preferences—something that philosophers and social scientists have struggled with for millennia (Russell, 2019: 32). Imaginemos que la tecnología nos ha permitido identificar todos los deseos, preferencias y decisiones individuales, ¿habríamos hecho innecesario cualquier elemento de mediación para la configuración de la voluntad popular? ¿Nos bastaría agregar sin deliberación las decisiones así registradas?

III. ¿QUÉ PUEBLO DECIDE EN UNA DEMOCRACIA DIGITAL?

Pese a todas las deficiencias e insatisfacciones del modo como se realiza actualmente la política, no parece que hayamos encontrado un sustituto funcional a esa tarea que en última instancia remite a una decisión colectiva acerca de los asuntos comunes que nos conciernen. No parece que haya llegado el momento de plantearse que Siri o Alexa, nuestro asistente virtual, nos digan –atendiendo a nuestros *likes*, a lo que consumimos, las redes sociales de las que formamos parte, nuestras preferencias habituales— qué debemos votar (Bartlett, 2018: 37).

El gran desafío que tenemos por delante es el de resistir a los encantos de la despolitización de nuestras sociedades y superar la inercia de los modos de gobierno tradicionales, no dejarse seducir por el discurso falsamente apolítico o pospartidista, pero al mismo tiempo no insistir en unas prácticas que no se corresponden en absoluto con las nuevas realidades sociales. Estamos ante un intento de concebir la sociedad de un modo despolitizado; lo podríamos calificar como plataformización de la sociedad, siliconización del mundo (Sadin, 2016), organización algorítmica de la sociedad o uberización de la

democracia. Tim O'Reilly (2011), uno de los oráculos de Silicon Valley, inventor del concepto de web 2.0 y *open source*, plantea pensar el gobierno como una plataforma, o sea, extender el modelo de las aplicaciones comerciales a la administración de las cosas comunes. En nombre de una lucha contra los déficits democráticos y el exceso de burocracia, propone reducir el papel del Estado al de suministrador de acceso y plataforma, sobre la cual la ciudadanía podría definir por sí misma y con toda libertad sus prioridades políticas. Si en un principio han sido los poderes públicos los que han impulsado el desarrollo tecnológico, ahora el movimiento sería el inverso: se invita a que el Estado se inspire en las plataformas, a no servir más que de infraestructura supuestamente neutra para las transacciones entre los individuos. En cualquier caso, entre la seducción de un mundo despolitizado y la inercia a mantener nuestras instituciones con la vieja cultura política, hay un amplio espacio para pensar el lugar que debe ocupar la política en estas nuevas realidades.

En este punto el lugar que ocupe la decisión humana es crucial. He estudiado las razones de la democracia epistémica (Innerarity, 2020) y, estando de acuerdo en que las sociedades contemporáneas necesitan una enorme movilización cognitiva para hacer frente a los problemas que deben resolver, mi conclusión es que el argumento último a favor de la democracia no es epistémico sino decisonal. Hay que hacer todo lo posible para que las sociedades tomen las mejores decisiones pero la legitimidad final no procede de la corrección de sus decisiones sino del poder de decisión que tiene la ciudadanía con independencia del buen o mal uso que haga de este poder. Una democracia produce mejores decisiones que sus modelos alternativos pero no debe su legitimidad última a la bondad de sus decisiones sino a la autorización popular que está detrás de esas decisiones. De alguna manera podría afirmarse que no es que haya democracia *porque* sabemos lo que hay que hacer o hacemos lo correcto, pero tampoco *a pesar de* que no lo sabemos, sino *gracias a* que no lo sabemos. La inevitabilidad de decidir es la justificación definitiva para que la democracia sea una forma de gobierno en el que los legos tienen la última palabra sobre los expertos. No parece que haya hoy por hoy un dispositivo que nos libere completamente esta necesidad de decidir.

Los procedimientos de la inteligencia artificial no pueden exonerarnos de esa decisión. Hay política allí donde, pese a toda la sofisticación de los cálculos, nos vemos finalmente a tomar una decisión que no está precedida por razones abrumadoras ni conducida por unas tecnologías infalibles. Todos los procesos de tecnificación tienden a modelizar o automatizar de manera que el «factor humano» sea menos relevante. Los humanos no hemos dejado de soñar en *the perfect technology of justice* (Lessing, 1999), pero tampoco hemos dejado de experimentar el peso de que sean nuestras decisiones las que carguen con la última responsabilidad de hacer que la sociedad sea justa.

Según la célebre fórmula de Lincoln, la democracia es un sistema de gobierno en el que el pueblo tiene una presencia como titular, sujeto y destinatario de la acción política. Para estar en condiciones de responder a la pregunta acerca de si la democracia liberal está indisolublemente unida al mundo analógico hemos de dilucidar qué tipo de subjetividad política le corresponde al *people* en el mundo de la inteligencia artificial, qué clase de voluntad popular se expresa en el *big data*, cómo decidimos cuando sofisticamos nuestros procesos automatizados. Necesitamos un Gettysburg Address para la democracia en la era de la inteligencia artificial.

IV. BIBLIOGRAFÍA

- ACCOTO, C. (2019). *Il mondo ex machina. Cinque brevi lezioni di filosofia dell'automazione*. Milán: Egea.
- AGRAWAL, A., Gans, J. y Goldfarb, A. (2018). *Prediction Machines. The Simple Economics of Artificial Intelligence*. Cambridge: Harvard University Press.
- ARENDT, H. (2006). *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*. Nueva York: Penguin Classics.
- BARTLETT, J. (2018). *The People Vs Tech. How the internet is killing democracy (and how we save it)*. Londres: Ebury Press.
- BORDIEU, P. (1990). *The Logic of Practice*. Stanford: Stanford University Press.
- BRETT M. (7 noviembre, 2017). Hawking: AI could be 'worst event in the history of our civilization'. *USA Today*. Recuperado de <http://www.>

- usatoday.com/story/tech/talkingtech/2017/11/07/hawking-ai-could-be-worst-event-history-our-civilization/839298001/.
- CERON, A., Curini, L. y Iacus, S. (2017). *Politics and big data. Nowcasting and forecasting elections with social media*. Londres, Nueva York: Routledge.
- DESROSIÈRES, A. (1998). *The Politics of Large Numbers: A History of Statistical Reasoning*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- ENNALS, R. (1987). Socially useful artificial intelligence. *AI & SOCIETY*, 1, pp. 5-15.
- HACKING, I. (1990). *The Taming of Chance*. Nueva York: Cambridge University Press.
- HARARI, Y. N. (2018). *21 Lessons for the 21st Century*. Nueva York: Spiegel & Grau.
- HELBING, D. (2019). .Machine Intelligence: Blessing or Curse? It depends on Us! En *Towards Digital Enlightenment. Essays on the Dark and Light Sides of the Digital Revolution* (pp. 25-39). Cham: Springer.
- HOBBS, T. (1969). *Leviathan*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HOFSTETTER, Y. (2016). *Das Ende der Demokratie: Wie die künstliche Intelligenz die Politik übernimmt und uns entmündigt*. Munich: Bertelsmann.
- HOWARD, P. N. (2015). *Pax Technica: How the Internet of Things May Set Up Free or Lock Us Up*. New Haven: Yale University Press.
- INNERARITY, D. (2019). Democratic equality: an egalitarian defense of political mediation. *Constellations. An International Journal of Critical and Democratic Theory*, 26/4, pp. 513-524.
- INNERARITY, D. (2020). *Una teoría de la democracia compleja. Gobernar en el siglo XXI*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- KÖNNEKER, C. (ed.) (2017). *Unsere digitale Zukunft. In welcher Welt wollen wir leben?* Berlín: Springer.
- LESSING, L. (1999). *Code and other Laws of Cyberspace*. Nueva York: Basic Books.
- LINDBLOM, C. (1965). *The Intelligence of Democracy: Decision Making Through Mutual Adjustment*. Nueva York: The Free Press.
- MARTINI, M. y Nink, D. (2017). .Wenn Maschinen entscheiden. *Neue Zeitschrift für Verwaltungsrecht* 10, pp. 1-14.
- MAU, S. (2017). *Das metrische Wir. Über die Quantifizierung des Sozialen*. Berlín: Suhrkamp.
- NEMITZ, P. (2018). .Constitutional democracy and technology in the age of artificial intelligence. *Philosophical Transactions*, A 376., <http://dx.doi.org/10.1098/rsta.2018.0089>

- O'NEILL, C. (2017). *Weapons of math destruction: how big data increases inequality and threatens democracy*. Nueva York: Broadway Books.
- O'REILLY, T. (2011). .Government as a Platform. *Innovations: Technology, Governance, Globalization*, 6/1, pp. 13-40.
- PORTER, T (1986). *The Rise of Statistical Thinking, 1820–1900*,. Princeton: Princeton University Press.
- RUSSELL, S. (2019). .The purpose put into the machine. En *Possible Minds. 25 Ways of Looking at AI* (pp.20-32). Nueva York: Penguin.
- SADIN, E. (2016). *La Siliconisation du monde*. París: L'Echappée.
- UNGER, S. (2019). .Demokratische Herrschaft und künstliche Intelligenz. En *Demokratie und künstliche Intelligenz* (pp. 113-128). Tübingen: Mohr Siebeck.
- WIENER, N. (1954). *The Human Use of Human Beings: Cybernetics and Society*. Nueva York: Da Capo.